

La sociedad individualizada

Zygmunt Bauman

Cátedra, Madrid, 2001, 279 páginas

por Karina Mouzo y Emiliano Álvarez

LA SOCIEDAD INDIVIDUALIZADA

Zygmunt Bauman



CATEDRA

Zygmunt Bauman en este nuevo libro, compuesto de una serie de artículos y conferencias, intenta dar respuesta a una de sus mayores preocupaciones, es decir, el estado de precariedad e incertidumbre en que vive el individuo actual. La respuesta no sólo procura comprender el fenómeno en términos sociológicos, sino también esgrimir una apuesta política para contrarrestar las “consecuencias no deseadas” de la globalización. Es este último punto el que a nuestro juicio dota de interés al libro.

Bauman sentencia: “en esta ‘sociedad de individuos’ la culpa por los fracasos queda bajo la absoluta responsabilidad de aquellos (...) no se puede enlazar el destino individual a los modos y maneras mediante los cuales funciona la sociedad en su conjunto”. El diagnóstico es sombrío. Se ha roto el delicado equilibrio entre “libertad y seguridad”. Si el síntoma de la modernidad fue la asfixia del individuo producida por los mar-

cos regulatorios de la sociedad, el de la posmodernidad es la ansiedad surgida del poder elegir entre múltiples opciones. La excesiva libertad desvanece todo horizonte de seguridad, provocando ya no “el horror a la transgresión, sino el terror a lo ilimitado”.

El autor retoma los argumentos del libro *La globalización consecuencias humanas*, para explicar las condiciones que hacen posible el fenómeno de una creciente individualización en la sociedad contemporánea. Algunas de las causas pueden rastrearse en el fin de la alianza entre capital y trabajo. Este matrimonio que parecía indisoluble en la etapa del Estado de Bienestar, ha llegado a su fin. La libertad del capital tiene como contrapartida la inseguridad del trabajador –la constante incertidumbre acerca de su presente– que clausura toda visión de futuro. Al igual que con el trabajo, la movilidad del capital también socava las bases del Estado-Nación. Su soberanía política es puesta en duda por el

capital que no tolera obstáculos en su marcha. Desaparecen así dos pilares fundamentales que conformaban el marco de seguridad donde los individuos construían sus identidades: el trabajo y las instituciones políticas. La flexibilidad laboral acaba con la posibilidad de generar lazos colectivos entre los trabajadores. Las políticas de desregulación y privatización que llevan adelante las instituciones públicas terminan de echar por tierra toda posibilidad de crear un ámbito dedicado a cultivar el bien común. El “solitario confinamiento del ego” producto de la sociedad actual es una sentencia en masa. Más individualismo no significa un mayor y mejor despliegue de las capacidades de los individuos, sino más bien la configuración de personalidades cada vez más débiles y más cínicas, desvinculadas de toda responsabilidad ética y moral. Personalidades fuertes, según Bauman, se tejen de la mano del establecimiento de un espacio público fuerte. Cuando los intereses privados colonizan el espacio público, el interés colectivo es reducido a una curiosidad por la vida privada de las figuras públicas. Es aquí donde Bauman observa el principal peligro de la vida social contemporánea. La creciente “libertad” de autoafirmación del “yo” impide toda resistencia colectiva, toda posibilidad de construir un marco de “seguridad” comunitaria que haga de esta sociedad un lugar más humano y hospitalario.

Sobre la base de este análisis, el autor se anima a dar un paso más allá de la línea que separa al científico del político. Esboza dos propuestas que están íntimamente imbricadas: una, busca apuntalar las bases que hacen posible el funcionamiento de la democracia; la otra, fundamentar el retorno al Estado de Bienestar.

En torno de la propuesta de apuntalar las bases de la democracia, el autor afirma que es torna urgente tratar nuevamente de esta-

blecer un equilibrio entre libertad y seguridad —en otros términos, entre lo público y lo privado—, equilibrio sin el cual la vida democrática no tiene posibilidad de sobrevivir. “*La democracia es, en realidad, la práctica de la traducción continua entre lo público y lo privado, de la reconversión de los problemas en cuestiones públicas y del bienestar público en proyecto y tareas privados*”. Cuando la traducción se detiene se acaba la democracia. Urge entonces refundar ese espacio político fundamental que permite el encuentro equilibrado de lo público y lo privado: el *ágora*.

La propuesta de todos modos no deja de ser un lugar común en los análisis políticos contemporáneos. No será la democracia el único *mito* que Bauman desempolvará para fundamentar su apuesta política. A la profunda reflexión que impregna la mayoría de los artículos del libro, el autor además ensambla una imagen mítica de un fenómeno político cuyos ecos aún se oyen: el *Estado de Bienestar*. Segunda propuesta que también supone introducirse en otro lugar común. Lo novedoso es la fundamentación que el autor encuentra para justificar la recuperación de dicho Estado. Bauman deja de lado las condiciones históricas y sociales en las cuales fue posible su emergencia, para luego fundamentar su existencia y la necesidad de su *eterno retorno* más allá de los azares del devenir histórico. El argumento es simple y claro: la necesidad de reimplantar el Estado de Bienestar no puede estar sustentada en ninguna *razón instrumental*, puesto que, en el estado actual de las relaciones económicas mundiales, no tendría *razón de ser*. Hoy la movilidad del capital sentencia que no es rentable mantener en “buenas condiciones” a desocupados, discapacitados, inválidos y otras personas indolentes. Para Bauman el regreso al Estado de Bienestar se justifica al comprender que su *razón*

de ser radica en su componente *ético*; componente que no es un derivado de la institución estatal sino por el contrario su elemento fundante. “El Estado –dice el autor– es justificable sólo como vehículo o instrumento de la ética”, fuente y juez último de su legitimación.

Así, el Estado de Bienestar se convierte en la segunda condición que permitiría lograr un equilibrio entre libertad y seguridad, pues refuerza el segundo elemento de la díada. En uno de los artículos, cuyo sugerente título es “¿Soy acaso el guardián de mi hermano?”, Bauman concluye que responder por la negativa es sencillamente inmoral, inhumano. Sin embargo, aquellos que responden de manera positiva deberían, más allá de buscar argumentaciones en la alacena de las excusas, “*reafirmar atrevida y explícitamente la razón ética del Estado de Bienestar, la única razón que éste necesita para justificar su presencia en una sociedad humana civilizada*”.

Es indudable que este libro trasluce un fuerte compromiso de Bauman con la realidad social de nuestro tiempo. Para el autor, la política implica una relación moral con el mundo, la búsqueda de una *eticidad perdida* con la cual es necesario reencontrarse. Se trata, pues, de *humanizar* el capitalismo, imponerle una barrera moral a su insaciable voracidad. Sin duda, una noble tarea: moralizar aquello que en su esencia es inmoral sólo puede ser llevado adelante por espíritus templados en la *llama sagrada*. Sin embargo, semejante *cruzada ética* corre el peligro, una vez más, de ser derrotada por las fuerzas del *capital* que nunca han cedido ante el oficio del buen exorcista. Por el contrario, es necesario reafirmar atrevida y explícitamente que no existen *razones* para dotar de estructuras de refuerzo ético-morales al sistema capitalista, salvo que asumamos el carácter naturalmente inevitable de su existencia. Cuando la política se reduce a una discusión ética, la economía ya ha conjurado a las fuerzas espectrales de la *emancipación*.